

tamente espuestos á sufrir las descargas de piedras y flechas. Desde allí vieron los castellanos con grandísimo dolor elevarse de los hogares del Cú mayor el humo del copalli que sus enemigos quemaban á sus dioses en accion de gracias por la victoria; pero creció su pena cuando los vencedores para desanimarlos les arrojaron las cabezas de algunos españoles, y cuando oyeron decir que habian perecido Alvarado, y Sandoval. De la plaza se encaminaron camino de Iztapalapa á su real, ostigados sin cesar por una muchedumbre de enemigos.

Alvarado y Sandoval habian procurado entrar en la plaza de Tlaltelolco, por un camino que iba desde el de Tacuba, y avanzaron felizmente sus operaciones hasta un sitio poco distante de la plaza; pero habiendo visto los sacrificios de algunos españoles, y oido decir á los mexicanos que Cortés y los suyos eran muertos, se retiraron con no poca dificultad, habiéndose agregado á los enemigos que antes los atacaban, los que habian derrotado á las tropas de Cortés.

Los mexicanos mostraron en este dia su valor y conocimientos militares, pues supieron eludir el golpe bien combinado, que por poco decide entonces la fatal suerte que aun les esperaba y dilataba el cielo por sus altos juicios. Los españoles perdieron, segun Bernal Diaz que llevaba la cuenta de los que iban faltando, mas de sesenta españoles, muertos unos en la accion, y otros prisioneros, que fueron inmolados en el templo mayor de Tlaltelolco á vista de la division de Alvarado, y mas siete caballos, muchas armas, muchas barcas, un cañon, y mas de mil aliados. Murió tambien un capitan de un bergantin, Cortés fué herido en una pierna, y apenas hubo entre los sitiadores uno ú otro que no saliese herido, ó mal parado.

Este triunfo lo celebraron los mexicanos por ocho dias continuos, con iluminaciones y músicas en los templos; propagaron la noticia por todo el imperio: en comprobacion de ella enviaron á varias provincias las cabezas de los españo-

les muertos con el objeto de amedrentar á las que se les habian rebelado y hacerlas volver á la obediencia como lo consiguieron de algunas. Escavaron de nuevo los fosos, repararon las trincheras, y se volvieron á poner á punto de resistir una nueva accion. Tambien pusieron las casas arruinadas como estaban antes del asedio. Todo mostraba á par que su valor, su decision por defender su pátria, tan inicuiamente insultada, é invadida.

CAPITULO XXXVIII.

De como los españoles de dia cegaban las acequias y fosos, y de noche los indios las tornaban á abrir.

Como de cada dia los españoles iban mas arrinconando á los mexicanos, los españoles de dia cegaban todas las acequias y fosos que estaban hechos, y los indios hacian de cada dia para con mas facilidad poder pelear y encerrarles en su fuerte para matarlos allí de hambre, teniéndolos cercados y cerrados por todas partes, y los indios de noche tornaban á abrir las acequias y fosos que los españoles habia cegado de dia, y con esto se detuvieron algunos dias que no los pudieron acorralar como pretendian. Los españoles tenian divididas por agua y por tierra sus plazas, en que peleaban así los españoles como los tlaxcaltecas, los cuales procedian por tierra allanando los caminos y fosos cada dia, y ganando tierra adelante. Los demas indios amigos tenian sus plazas por el agua, en las cuales peleaban por entrarles, y por defender que les entrasen bastimento ni socorro alguno. En esta porfia pasaron algunos dias, que la guerra por agua y por tierra fué tan porfiada y tan sangrienta que era espanto de verla, y no hay posibilidad para decir las particularidades que pasaban. Eran tan espesas las saetas, y dardos, y piedras, y palos que se arrojaban los unos á los otros,

que quitaban la claridad del sol: era tan grande la vocería y grita de los hombres, y mugeres y niños que voceaban y lloraban, que era cosa de *grima* (*): era tan grande la polvareda y ruido en derrocar y quemar casas, y robar lo que en ellas había, y captivar niños y mugeres, que parecía un juicio. Señaláronse en este conflicto último, algunos principales mexicanos, en especial un *Temilotzi Tlacatecatl*, que desde encima del Cú, que se llamaba *Mumuztli*, esforzaba grandemente á los suyos, y otro principal que se llamaba *Coyovevetzin*: armado en figura de tigre, llevaba consigo muchos soldados viejos, unos armados como águilas, y otros como tigres, y otros como leones, y hacían gran daño en los contrarios, dando voces y esforzando á los demas para que peleasen sin cansarse ni volver atrás. Entonces vinieron por agua los españoles con dos bergantines y muchos xuchimilcanos que iban ayudándolos, y comenzaron á pelear desde el agua contra los mexicanos que peleaban por tierra; y como vieron venir á estos arriba dichos, armados en figura de tigres, y de águilas, y de leones, voceando y peleando tan fuertemente, volvieron las espaldas y huyeron dellos, y ellos hicieron presa, tomaron y captivaron muchos, y tomaron los bergantines á los españoles, y llevarónlos á una laguna que llaman *Amanalco*. Como esto vieron los españoles y los tlaxcaltecas, comenzaron á pelear con ellos: acudió luego otro principal que se llamaba *Coyovevetzin* con su gente, y arrióse al *Mumuztli* (que era un Cú pequeño que estaba en medio de este tianguetz,) y hízolos volver atrás, y siguiólos hasta aquel lugar que se llamaba *Telpuchcali*, en el barrio de *Atlicuhia*, y allí hiciéronse fuertes, y volviéronse tras aquel principal que se llamaba *Coyovevetzin*, y tras su gente, y dieron con ellos en un acequia. Entonces salió otro principal, llamado el hijo de *Itzpapalotzin* otomitl, el cual iba armado, y con unas divisas ricas. Los tlaxcaltecas y espa-

(*) Esta voz tiene poco uso hoy, importa tanto, como causar miedo, horror y espanto. Sin la verdadera inteligencia de algunas palabras anticuadas no puede tomársele sabor á esta lectura que parece insípida.

ñoles dieron tras aquella capitania, y dieron con ellos en un rio por donde andaban las canoas, y de allí pasáronse á la otra parte de agua. Entre estos iba el señor de *Cuitlaóac* (que siempre ayudaba á los mexicanos y tlaltuilcanos,) y los soldados de *Cuitlaóac* pensaron que había muerto allí su señor, que se llamaba *Macoatzin*, y airarónse mucho contra los mexicanos, y dijéronles: ¿Por qué nos habeis muerto á nuestro señor *Macoatzin*? y el señor de *Cuitlaóac* habló entonces al capitán *Coyovevetzin* diciéndole. . . . "Hermano *Coyovevetzin*, manda á alguno de los soldados que tiene buena voz, que diga á los míos que estoy bueno y sano." Luego llamaron á un capitán que se llamaba *Tlayamocatl*, y mandáronle que dijese á voces como *Macoatzin* señor de *Cuitlaóac* no era muerto, y luego este se llegó á parte donde le pudiesen oír, y dijo: "Soldados de *Cuitlaóac*, mirad que vuestro señor *Macoatzin*, me ha enviado á deciros que está vivo y sano, que no penseis que es muerto: miradle que allí está cave el *Mumuzco*." Los soldados de *Cuitlaóac* oyendo esto no creyeron que era verdad, y dijeron. . . . "Engañaisnos, que muerto es nuestro señor *Macoatzin*, vosotros le habeis muerto: tornaronles á responder, diciendo: Mirad que no es muerto, que allá está, y dice: Decid á los soldados de *Cuitlaóac* que no soy muerto, y que miren que no se pierda mi espejo, y mis *ajorcas* (*) y mis armas." Habiéndose acabado estas respuestas, comenzaron luego de ambas partes á pelear reciamente, y los tlaxcaltecas llamados *Tlilihizquitepeca* comenzaron (*) á amenazar que nos habian de acabar á todos, y comenzaron á entrar peleando por una senda que va hácia la casa de un principal que se llama *Tlaczin*, y como se entraron por aquella senda, luego tras ellos entró otro principal de los mexicanos con muchos soldados viejos, y encontráronse con un capi-

(*) Ajorca, especie de argolla de oro ó de plata, que por adorno traían las mugeres en las muñecas y gargantas de los piés, y los soldados mexicanos ó sus gefes.

(†) Esta es relacion de los capitanes al P. Sahagun.

tan que se llamaba *Tlapanecatl* del barrio de *Atezcapa*, al cual prendieron los tlaxcaltecas, y los soldados que llevaba, arrojáronse contra los que le prendieron, y á poder de flechazos se le hicieron dejar.

NOTA DEL EDITOR.

Harto estropeados y no poco acobardados quedaron los españoles con la derrota que acababan de sufrir, cuando á los dos dias de esta desgracia, se presentaron á Cortés unos enviados de Cuernavaca, pidiéndole socorro contra los de Malinalco que parecia querian confederarse con los cohuizcas, nacion muy numerosa, por causa de haberse confederado con los españoles, y pretendian despues de destruidos los de Cuernavaca, pasar á México á auxiliar á Quauhtimotzin. Cortés menos estaba para dar auxilios que para recibirlos; pero reflexionando en lo mucho que perderia de su prestigio si lo negaba, pues con este hecho mostraba flaqueza, y evitar por otra parte el golpe que le amenazaba, engrosándose las filas de los mexicanos; envió á Andrés de Tápia con los mismos mensajeros, con doscientos infantes castellanos, diez caballos, y un buen número de aliados, previniéndole se uniese con los de Cuernavaca, é hiciese cuanto pudiese á su beneficio y seguridad de sus compatriotas. Efectivamente, Tápia correspondió á esta confianza, y en un pueblecillo situado entre Cuernavaca y Malinalco, tuvo una grande accion con los enemigos, los destruyó y persiguió hasta la falda del alto monte en que esta segunda ciudad estaba situada. No pudo atacarla por ser dicho cerro inaccesible á la caballería; pero asoló la campiña, y volvió á los diez dias que Cortés le habia señalado, incorporándose con el grueso del ejército español. Tambien dos dias despues llegaron mensajeros otomíes, pidiendo socor-

ro contra los matlazincas del valle de Toluca, hombres terribles que ya les hacian la guerra, y ademas, se habian convenido en auxiliar á los mexicanos. Debiales este auxilio no tanto á fuér de desfacedor de agravios, sino á fuér de caballero agradecido, pues le habian ministrado víveres para que pudiera salvar los restos de su ejército cuando salió fugitivo de México, y se dirigia en retirada á Tlaxcala, sin lo cual habria perecido victima del hambre. Confió esta empresa á Sandoval, no obstante que estaba herido de la última accion; pero era hombre infatigable. Marchó, pues con diez y ocho caballos, cien infantes españoles, y sesenta mil aliados. En el camino vió las señales del destrozo que los matlazincas habian hecho sobre los otomíes. Aquellos, luego que vieron á Sandoval, abandonaron los despojos de que iban cargados para ponerse espeditos y hacerle frente. Pasaron un rio que atraviesa el valle, y allí aguardaron á pié firme á los españoles, estos lo vadearon, los atacaron con intrepidez, y pusieron en fuga; siguiólos por espacio de unas nueve millas, hasta una ciudad donde se refugiaron los matlazincas, dejando muertos mas de mil de los suyos en el campo. Sitió Sandoval el pueblo, y los obligó á dejarlo y guarecerse en una fortificacion construida en la cima de una escabrosa elevacion. Entró el ejército victorioso en la ciudad, y despues de haberla saqueado, pegó fuego á los edificios. Era tarde, y la tropa estaba fatigadísima, por lo que Sandoval resolvió dejarla descansar allí aquella noche, reservando el ataque de la fortaleza para la mañana siguiente; mas cuando quiso emprenderlo la halló abandonada. En su regreso pasó por algunos pueblos que se habian declarado enemigos; mas no fué necesario emplear las armas contra ellos, porque amedrentados á la vista de tan grande ejército que se aumentó con refuerzos de los otomíes, se rindieron espontáneamente al gefe español. Estas expediciones (dice Clavijero) fueron de suma importancia, pues á los cuatro dias de regresado Sandoval al campo de Cor-

tés, se le presentaron varios señores de los que hostilizaron á Cuernavaca, á escusarse de sus hostilidades, y á establecer una confederacion, que le fué tan útil á él, como perjudicial á los mexicanos.

Este pasaje es de los mas notables en la historia del conquistador de México. Desmembrar un corto ejército cuando necesitaba de grandes refuerzos y á la vista del enemigo, fué una locura; pero sus consecuencias muy ventajosas. Tal era la fortuna de este hombre singular en su línea, y por tales medios le proporcionaba la Providencia la consumacion de su atrevida empresa.

Mientras los españoles estaban sobre la defensiva curando los heridos de la derrota anterior en su campamento, Cortés apretaba el sitio cuanto podia por agua, y al efecto los bergantines no cesaban de costear por la laguna de dos endos. No podian las canoas mexicanas rivalizar con esta clase de buques, cuya superioridad reconocian; pero á lo menos procuraban oponerles otros que les proporcionasen la introduccion de viveres, y no fuesen tan fáciles de ser echados á pique como las canoas comunes, segun les habia mostrado la esperiencia en el combate naval de Acachinanco. Con este objeto fabricaron los mexicanos treinta barcas grandes, ó sea piraguas, (segun las llamaban los españoles) bien provistas de todo lo necesario, y cubiertas de gruesos tablones para poder combatir en ellas sin gran peligro; con las mismas hicieron una emboscada á los bergantines en los cañaverales que habia en las chinampas, y claxon en los mismos sitios gruesas estacas ocultas en las aguas, para que chocando con ellas se rompiesen los buques contrarios, ó á lo menos quedasen embarazados para defenderse. Dispuesto este amaño, sali ron tres ó cuatro barcas pequeñas á provocar á los bergantines que por allí cruzaban, y á empeñarlos con una simulada fuga al punto mismo de la emboscada. Al verlos los españoles, hicieron vela hácia ellas, y cuando estaban mas empeñados en darles caza,

chocaron los bergantines con las estacas, saliendo al tiempo mismo las treinta barcas grandes que los atacaron por todos lados. Gran riesgo corrieron los españoles de perder los buques y las vidas; pero mientras que con el fuego de los mosquetes entretenian á los mexicanos, tuvieron tiempo algunos diestros nadadores de arrancar las estacas, con lo que libres ya de aquel embarazo, pudieron servirse de la artillería para ponerlos en fuga. Sin embargo, los bergantines recibieron mucho daño, los españoles quedaron heridos, y de los dos capitanes que los mandaban, uno murió en la accion, y otro algunos dias despues. Los mexicanos repararon sus piraguas para repetir la estratagema, pero instruido secretamente Cortés del sitio en que se ponian en asecho, dispuso otra emboscada con sus bergantines, y le produjo la estratagema el mismo efecto que habia producido á los mexicanos, aunque con mucho mayor estrago que á él, pues la mayor parte perecieron, y otros quedaron prisioneros, entre ellos algunos nobles de quienes se valió para que á su nombre propusiesen un convenio al emperador Quauhtimotzin.

Mandó, pues, decirle, que considerase cuanto se iba disminuyendo la poblacion de su imperio, al mismo tiempo que engrosaban las fuerzas de los españoles: que aunque estos no entrasen en la ciudad á cometer hostilidades, bastaba impedir la entrada de socorros de toda especie, para que la hambre hiciese lo que no habian hecho las armas: que aun estaba en tiempo de evitar los desastres que le amenazaban: Que si admitia las condiciones pacíficas que le ofrecia, cesarian inmediatamente todas las operaciones del asedio... quedando el rey en tranquila posesion del poder y de la autoridad que hasta entonces habia gozado, y sus súbditos libres y dueños absolutos de sus bienes. Que lo que solo ecsigia de Quauhtimotzin y de sus pueblos, era que tributasen el homenaje debido al rey de España como supremo señor del imperio mexicano, cuyos derechos habian ya reco-

nocido los mexicanos mismos, y se fundaban en la antigua tradicion de los mayores: que si por el contrario se obstinaba en la guerra, se veria privado de su corona, la mayor parte de sus súbditos perderian la vida, y aquella grande y hermosa ciudad quedaria reducida á cenizas y escombros.

El emperador consultó con sus ministros, con los generales de sus ejércitos, y con los gefes de la religion. Espúsoles las proposiciones que Cortés le hacia, la escasez de viveres, la afliccion del pueblo, y los males aun mayores que todavia les amenazaban, y les mandó que libremente le dijese su parecer. Algunos, previendo el écsito de la guerra, se inclinaban á la paz: otros movidos por ódio á los españoles, y por estímulo del honor, insistian en la continuacion de la guerra. Los sacerdotes, cuya autoridad era del mayor peso en aquel asunto, (como en todos los graves,) se opusieron fuertemente á la paz, alegando los supuestos oráculos de sus dioses, cuya cólera debia temerse si cedian los mexicanos á las pretensiones de aquellos crueles enemigos de su culto, y cuya proteccion deberia implorarse con oraciones y sacrificios. Prevalció este dictámen por el temor supersticioso que se habia apoderado de aquellos espíritus, y en su virtud, se respondió á Cortés, que continuase la guerra, pues ellos estaban resueltos á defenderse hasta el último aliento. La esperiencia de los sucesos pasados no les permitia fiarse de las promesas de aquellos estrangeros, que por su depravada conducta, robos y crueldades habian perdido el derecho á la confianza; á la verdad que era cosa muy dura abandonar su patria á unos invasores codiciosos sin término, y quedar reducidos por su humillacion á una triste y degradante esclavitud.

Triste era la situacion de los mexicanos, pues se veian abandonados por sus confederados y por sus súbditos, rodeados de enemigos, y afligidos por el hambre: tenia esta desventurada córte contra sí á los españoles, al reino de Acolhuacan; las repúblicas de Tlaxcala, Huexotcinco

y Cholula, casi todas las ciudades del valle de México, las numerosas naciones totonaques, mixtecos, otomies, tlahuiques, cohuicas, matlazincas y otras, de modo que ademas de la mitad del imperio que conspiraba contra su ruina, la otra mitad la miraba con indiferencia; no obstante esto, prevalecia sobre el corazon de los mexicanos la independencia de su patria, y el horror á la esclavitud con que le amagaba una nacion estrangera.

CAPITULO XXXIX.

De como los españoles armaron un trabuco sobre el Cú que estaba en medio del tianguex que se llamaba *Mumuztli* para con él echar gran número de piedras y cantos sobre los que estaban arrinconados en el barrio que se llama *Tetenamilt*, donde es la Concepcion.

Los españoles, con intencion de matar con un trabuco, ó á muchos ó á todos cuantos estaban retraidos en su fuerte, armaron un trabuco sobre el Cú, que llaman *Mumuztli*, y de que le hubieron aparejado á su voluntad, soltáronle para que hiciese tiro y cayese una lluvia de piedras sobre los mexicanos que estaban acorralados en el barrio de *Tetenamilt*, cave la Concepcion, y no le acestaron ni le nivelaron tan diestramente que hiciese su tiro conforme á su propósito, y así las piedras fueron á caer á otra parte, y no cayeron sobre la gente que estaba recogida en aquel lugar de *Tetenamilt*; y desto quedaron los españoles muy despechados y descontentos, por haber errado el tiro, y dieron al diablo el trabuco (*) y á los que lo habian inventado, y gastado en él mucho tiempo y madera, y herramienta, y sogas y maromas, y propusieron de no curar mas de aquel *armadijo* (†). Determinaron luego á fuer-

(*) Figúraseme que seria como las que hoy se conocen con el nombre de carronadas.

(†) Armadijo, es trampa que se pone en el campo para cazar algun animal

za de brazos y con ardides de guerra peleando hacer su negocio, el cual le tenían ya casi acabado; y desta manera se ordenaron para darles guerra hasta rendirlos ó matarlos á todos. Así comenzaron á darles combates espresamente de noche y de dia, y por agua y por tierra. Estaban los tristes mexicanos, hombres y mugeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos en un lugar bien estrecho, y bien apretados los unos con los otros, y con grandísima falta de bastimentos, y al calor del sol, y al frio de la noche, y cada hora esperando la muerte. No tenían agua dulce para beber, ni pan de ninguna manera para comer; bebían de la agua salada y hedionda, comían ratones y lagartijas, y cortezas de árboles, y otras cosas no comestibles, y desta causa enfermaron muchos y murieron muchos, y de los niños no quedó nadie, que las mismas madres y padres los comían (que era gran lástima de ver, y mayormente de sufrir) peleando el dia y la noche donde hubo muchos reencuentros y celadas, y murieron muchos de ambas partes, así indios como españoles. Finalmente, como los mexicanos entendieron que su partido iba muy cuesta abajo, convertiéronse á buscar los misterios secretos que los antiguos les habian dejado para si se viesen en una necesidad tal como estaban, ayudarse dellos. A este propósito, un principal capitán, de los que entonces eran valientes de la parte de los mexicanos, que se llamaba *Civacoatliacotzin*, habló á los mexicanos diciéndoles: "Señores mexicanos y tlaltuilcanos que estais presentes, en este tan gran conflicto en que estamos, ya veis que todas nuestras fuerzas y nuestro poder no es nada para podernos escapar de las manos de los españoles y de todos nuestros enemigos que los ayudan. Paréceme que será cosa bien acordada que acudamos al favor de nuestros dioses (en especial de nuestro señor *Vitzilopuchtli*) fundador de la república mexicana, y á los consejos que nos dejaron nuestros antiguos, para que dellos nos ayudásemos en semejante necesi-

ó pájaro. Esta voz está usada con propiedad, y con la que hablaba este varón veraz y sincero.

dad como ahora estamos; porque me acuerdo haber oido á los viejos, que nuestro dios *Vitzilopuchtli* usaba de dos cosas para contra sus enemigos para aterrarlos y ahuyentarlos; la una se llama *Xiuhcoatl*, y la otra *Mamalhoaztli*. Ayudémonos agora destas cosas que nuestro dios *Vitzilopuchtli* nos dejó para nuestro favor; y nuestros antiguos han tenido fé, y confianza en ellas, y por ventura nos aprovechará en este gran peligro en que estamos." Oido esto, los demas convinieron en hacer sacrificio solemne á su dios *Vitzilopuchtli*, cuya imagen tenían consigo, y él tenía por cetro real en la mano una culebra hecha de mosaico, que llamaban *Xiuhcoatl*, no derecha, sino tortuosa ó combada, y aquella siendo vivo, como nigromántico en las batallas como gran serpiente viva la echaba sobre los enemigos con que los espantaba y hacia huir. Este embuste demandaban ellos que se hiciese sobre los españoles y sus enemigos los indios para espantarlos, y ahuyentarlos. Tenían tambien un buho (hecho de plumajes ricos y espantable) que tambien tenían por cosa de portento para espantar á sus enemigos en las guerras, y con este se vistió uno de aquellos principales capitanes, y subióse sobre una azotea alta donde le pudiesen ver todos sus contrarios para que se espantasen y huyesen todos sus enemigos. No les aprovechó nada todo esto, porque de ahí á tres dias se rindieron. A propósito desto, porque *Xiuhcoatl* que le usaba antiguamente por via de portento, oí decir al P. Fr. Francisco Tembleque, que un dia venia una tempestad muy recia, y él estaba en el coro de aquella casa, donde entonces moraba, y abrió una ventanilla para ver el nublado, y en abriéndola, dióle un rayo en el ojo izquierdo que se le quebró, y tuvo en él gran dolor muy muchos dias, y le parecia que traía colgado el ojo fuera del casco, y cegó dél. Aquel rayo hizo otros daños en la iglesia, y en el retablo della y en la casa, y dijeron los indios que estaban en casa, que habian visto este *Xiuhcoatl* como una serpiente grande que salia de lo interior de la casa por la porteria fuera, y todos los que vieron salir quedaron como tontos por algunos dias, don-

de parece que este era artificio del diablo y de nigrománticos que le invocaban para hacer estas obras (*).

NOTA DEL EDITOR.

El siguiente capítulo tiene una íntima conexión con el precedente, dice así:

(*) La época del P. Sahagun era la de las consejas que tanto creían los conquistadores como los conquistados; siendo en esta línea tan bárbaros y supersticiosos los unos como los otros. Aquellos creyeron que en las batallas de Tabasco y Otumba habian visto á Santiago en un caballo blanco matando indios, y estos en la cuebra de Vitzilopuchtlí, con la diferencia de que los españoles sacaron partido de sus patrañas contra los indios, y estos no, como despues veremos. Hay muchas culebras rateras entre los indios que entran y salen en las milpas, y de tal manera se domestican, que de noche no dejan mamar á los niños de pecho sin que las sientan sus madres dormidas, entreteniéndolas á los niños con la punta de la cola que les meten en la boca y entretienen. De estas culebras habia en los templos famosos de la Grecia, como enseña su historia. Natural cosa fué que al P. Tembleque le lastimase el rayo el ojo, pues al abrir la ventanilla, estando cargada la atmósfera de electricidad, atrajo á sí el fluido eléctrico y le causó ese daño; por máxima de precaucion ninguna puerta ni ventana debe abrirse en los momentos de una tormenta. Pudo entonces salir la culebra (que sin duda no fué la del dios de la guerra de los mexicanos) y en esto no hay nada de raro, y mas si el convento estaba en despoblado. Nada prueba el espanto que causó á los indios el verla. El hombre ve lo que cree ver, y lo que le sugiere su imaginacion predispuesta. Los romanos consultaban esta clase de oráculos, tenían colegios de adivinacion, el canto de las aves y su vuelo muchas veces decidieron los casos difíciles en sus asambleas, y no se aventuraban á dar una batalla, si antes los pollos sagrados que llevaban en sus huesos no comian ávidamente el grano que en aquel momento se les daba. Luculo se burló de esta supercheria, vió que los pollos no querian comer antes de dar una accion y los mandó arrojar al agua, diciendo: Si no quieren comer, querrán beber, dió la batalla y la ganó. Ciceron, aunque colocado en el colegio de los Augures, se reia de estas supercherias, por medio de las cuales (como he dicho) se suspendian las resoluciones mas importantes de la república, segun convenia á los intereses y maniobras de los tribunos revoltosos. ¡Solo en los mexicanos ha de ser un argumento de su barbarie lo que no lo ha sido entre las antiguas naciones tenidas por cultas! ¡Qué injusticia! ¡Pobres mexicanos!

CAPITULO XL.

De como los del Tlaltzilulco dicen que vieron venir un torbellino de fuego de color de sangre, echando de sí brazas grandes y muchas centellas de que tuvieron gran temor, y se rindieron.

CUANDO ya los mexicanos y tlaltzilulcanos estaban muy angustiados por verse acosados de todas partes de sus enemigos, y no tenían posibilidad de huir ni de resistirlos, dicen que un dia á puestas del sol comenzó á llover una *mollizna* (*) de agua, que tardó como dos horas, y despues de esta mollizna sucedió luego un torbellino de fuego como sangre, envuelto en brasas y en centellas, que partió de hácia Tepeyacac (que es ahora donde está Santa María de Guadalupe) y fué haciendo gran ruido hácia donde estaban acorralados los mexicanos y tlaltzilulcanos, y dió una vuelta por en derredor dellos, y no dice si los empeció (ó dañó) algo, sino que habiendo dado aquella vuelta se entró por la laguna adelante, y allí desapareció. De la vista de este remolino y fuego quedaron todos muy espantados, y allí comenzaron á *fricar* (f) el negocio de rendirse á los españoles. Desque ellos entre sí hubieron platicado el modo de rendirse con menos daño de sus personas y haciendas, determinaron de ponerse en las manos del capitan D. Hernando Cortés, con que no les dejase en las manos de los tlaxcaltecas y los demas indios, ni permitiese que fuesen saqueados ni captivados dellos, y para este efecto es de creer que enviaron personas principales de sí mismos, que llevaron la embajada al capitan D. Hernando Cortés, la cual oida por él, y comunicada con sus capitanes, todos ellos vinieron en concederlos lo que demandaban, y concertaron con ellos que tragesen á su señor *Quauhtimotzin* con cierto número de los mas principales mexicanos y tlaltzilulcanos. Vueltos que fueron

(*) O llovizna, voz anticuada.

(*) Parece que quiso decir platicar.